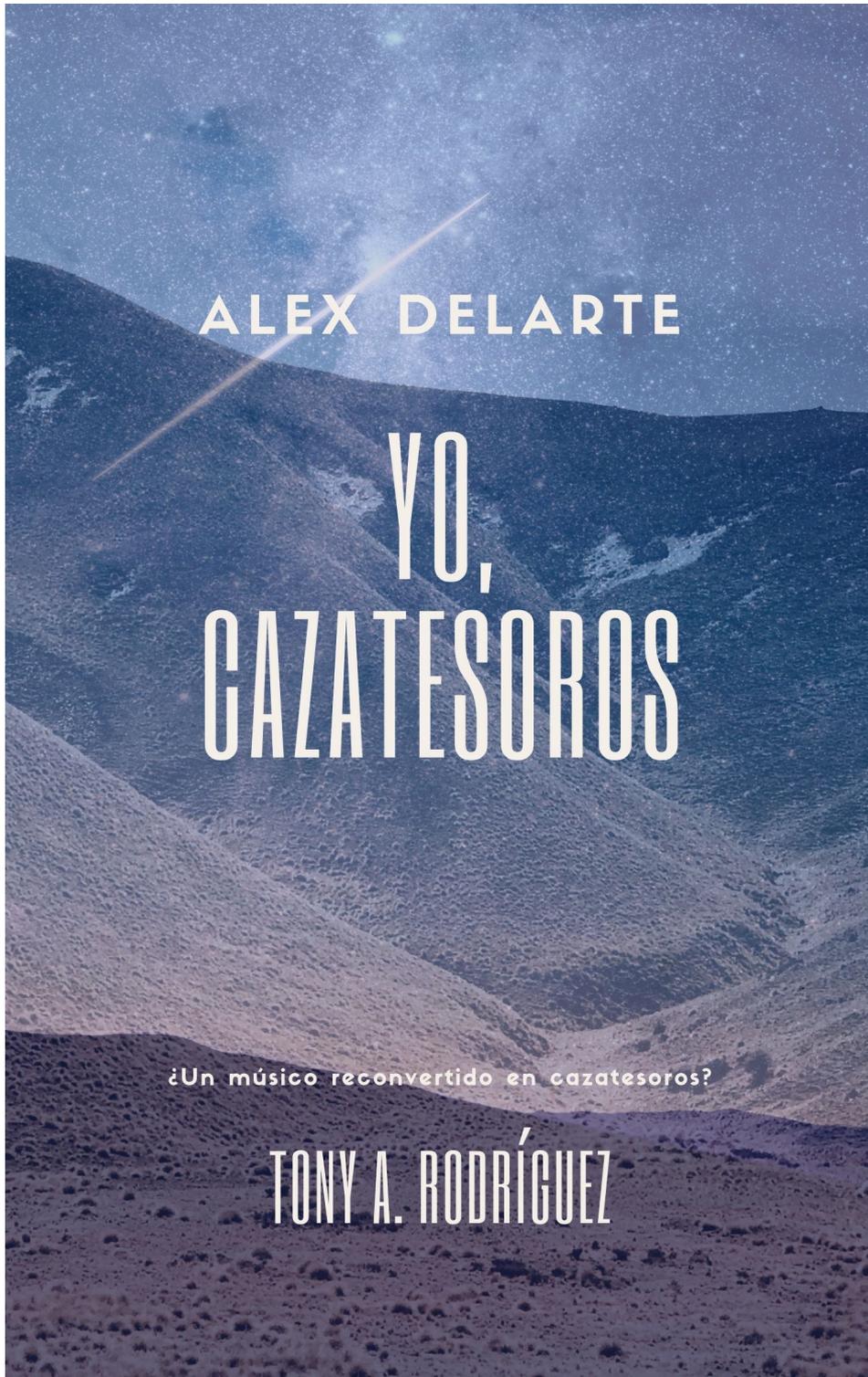


Alex Delarte - Yo, Cazatesoros.

Tony A. Rodríguez



ALEX DELARTE

YO,
CAZATESOROS

¿Un músico reconvertido en cazatesoros?

TONY A. RODRÍGUEZ

Capítulo 1

Si quieres saber más de mis aventuras visita: www.alexdelarte.es

AÑO 2065

Nunca dedicarte a tu gran pasión fue tan placentero. En mi caso era la música. Me llenaba el alma. A pesar de mi gran talento, en la época que narro esta cuasi epopeya no había podido llegar a mi objetivo final: vivir de ello. Más bien sobrevivía. Mi estilo era muy jazzístico. Mi gusto por ese género comenzó cuando mi padre me regaló una armónica en do plateada. Aún la usaba en los bolos que iba consiguiendo. Lo que me sustentaba era mi segunda pasión: la arqueología. Profesión que me inculcó mi progenitor, Claudio, desde muy pequeño. Mi labor consistía en ser contratado por clientes, generalmente coleccionistas, que me ponían en la pista de una reliquia de gran valor, y yo se las traía. Esto, además de alimentarme, me permitía invertir en maquetas, en un bar donde también tocaba, y en intentar hacerme notar en radios, medios de comunicación y/o productoras discográficas.

Soy canario. Por si alguien no sabe dónde están ubicadas las Islas Canarias... Están al oeste de Marruecos, bañadas por el Océano Atlántico, y pertenecen a España, por lo tanto a Europa. El idioma de origen es español, aunque, como cualquier región, tenemos nuestras propias expresiones.

Me críe en ellas hasta que a los veinte años, en el año 2000, decidí abrir fronteras y volar lejos. Mi padre desapareció un año antes, y ése fue el detonante que me llevó a recorrer el mundo.

Como bien dije, tengo un bar de copas en el centro de la capital española. En él tocaba, al menos, una vez cada quince días, para no oxidarme.

Calisto Fontana era mi viejo, no sólo por edad, amigo y compañero de armas. Lo conocía casi de toda la vida. Fue socio de mi padre. Tras su desaparición se sumió en una profunda depresión y se recluyó en su casa de la infancia en Italia durante unos años. Tiempo después lo rescaté de su caída libre y comenzamos una amistad que duraría décadas. Era muy ducho en el manejo de arcos y rifles de larga distancia.

Celia Tiraboschi. No sé cómo definirla en realidad. A pesar de que era una mujer con un atractivo natural que hubiese dejado loco a cualquiera, nunca fue una persona de fiar. La conocí en uno de mis trabajos. La había contratado la competencia para adquirir la misma reliquia que yo allá por la India. En el momento que la vi, no supe qué decirle, y eso era raro dado mi legendario arte de seducción. Con ella todo fue distinto. Acabó embaucándome y robando la pieza en cuestión. A pesar de todo, un día

estuvimos a punto de casarnos. Pero ésa es otra historia.

Tiene una habilidad especial armamentística. Sabe usar, casi a la perfección, cualquier arma de fuego a pesar de nunca haberla usado.

Francesc Àvila, el segundo y último socio de mi padre junto a Fontana. Era el mayor de todos y el más inútil a la hora de la verdad. Su afán por las drogas y el alcohol les sumían siempre en graves peligros. Según me contó una vez: Gracias a él sobrevivieron siempre a todas sus aventuras. Te voy a dar un dato, lector: Nunca creas lo que te diga este hombre, seguramente sea broma. ¿Pero sabéis qué fue lo más gracioso de todo? Acabó siendo mi suegro. Sí, me casé con su hija, Ingrid, en una ceremonia civil. Tenerlo en la familia era algo... ¡que deseaba, joder! ¡Era un tipo muy gracioso, demonios!

Ingrid Àvila, ¿qué puedo decir de la mujer de mi vida? Me dio a mis tres maravillosos hijos, un varón y dos mujeres. Y, a pesar de que en un comienzo jamás pensé que nos fuéramos a entender, poco a poco nos fuimos acercando más. Acabamos por hablar el mismo idioma, y ése momento, creo, fue la mayor aventura que jamás viví.

Ya a mis ochenta y cinco años, esto no pretende más que ser unas memorias de las mil y una aventuras que viví, y que escribo para mis hijos, que sepan quién fue su padre e incluso su abuelo. Puede que algún día consiga publicar esto y mi legado trascienda. Prometo no exagerar ni un ápice todo lo que sucedió.

Capítulo 2

AÑO 2000

No voy a escribir mis memorias de manera cronológica. Voy a detallar los sucesos según considero más importantes. Hay algunos capítulos de mi vida que no merecen ser escritos, y mucho menos leídos.

Creo que el momento más importante de mi vida, la que marcó lo que soy, fue el día que decidí marcharme de casa para recorrer el mundo. Fue el mayor punto de inflexión y el más duro. Dejar atrás a mi madre, Gloria, con depresión, y a mi hermana mayor, Myriam, metida en el ejército y con una incipiente guerra en Irak no me hacía nada de gracia. Pero lo necesitaba. Necesitaba encontrarme a mí mismo. Superar la desaparición de mi padre. En la que, de repente, un día se fue y jamás volvió. Sus últimas palabras fueron: "Pase lo que pase, cuida de la familia". Y se fue sin más. SIN MÁS. Quizás una parte de mí deseaba encontrarle. O quizás una parte de mí deseaba huir. Sea como fuera, fue la decisión más importante de mi vida. Era bastante avisado, así que supe sobrevivir con lo poco que tenía, trabajando de cualquier cosa que pudiera, primero en España, y luego expandiéndome por Europa, Asia, Oceanía, América, África y finalmente Europa de nuevo. Para cuando volví a mi continente ya me había hecho un nombre entre los mayores coleccionistas.

Habían pasado quince años desde entonces. Ya era un hombre. Un hombre que se fue forjando día tras día. Tuve que aprender varios idiomas, aunque el que más utilizaba era el inglés. Me valía para muchos países, pero había otros que era casi inútil.

Aún recuerdo el temido Efecto 2000, cuando hablaban del colapso del planeta debido a algo tan simple como que los ordenadores, y por ende, las máquinas que eran manejadas por ellos, no iban a saber cambiar de fecha y acabarían por fallar. Recuerdo en las noticias incluso hablaban de que los aviones caerían del cielo. Nada más lejos de la realidad, acabó pasando lo que pasó: nada.

Hubo un suceso cómico en Pensilvania: Un ordenador de la biblioteca de una escuela de primaria cobró al cuerpo estudiantil excesivamente por tener prestados los libros durante 100 años. Alguna central nuclear falló, pero fueron problemas menores resolubles. Y yo, mientras, el 1 de Enero de 2000, volaba hacia Madrid, mi primer destino. Con resaca de la fiesta de nochevieja.

Mi primer trabajo fue de ayudante de cocina en un pequeño bar de la periferia de la ciudad. Me pagaban aún en pesetas, antes de pasar al Euro, y fue mi primer sueldo oficial. Mientras, obviamente, seguía cantando y tocando la armónica. Sobre todo, me encantaba tocarla en el

metro, aunque de manera ilegal, teniendo que estar al tanto de la seguridad de dicho lugar.

Pasé unos meses allí, hasta que una persona me oyó tocar en el suburbano y me condujo a mi siguiente destino: Valladolid.

No es que fuera un lugar que tuviera en mi lista de sitios donde ir antes de morir, pero... ahí conocí a mi primera novia: Estefanía.

La persona que me llevó allá era Pedro Galván, un tipo adinerado que montaba por primera vez en metro sólo por el placer de sentir cómo era ser pobre. Fue una buena casualidad. Su hija cumplía años y quería algo especial en su fiesta. Ella también era una fanática de la música jazz así que a su padre no se le ocurrió otra idea que contratar a esa persona que le transportó a otro lugar cuando la escuchó cantar y tocar la armónica.

Era un momento muy importante: la primera vez que alguien me contrataba para hacer lo que más deseaba. Incluso hasta improvisamos un escenario en su opulento chalet.

Su hija, Estefi, quedó totalmente prendada de mi talento. Era más joven que yo, tres años y aún menor de edad. Su progenitor jamás habría aprobado que su prole acabara saliendo con alguien que no tuviera un mínimo de dinero. Así que nos teníamos que ver a escondidas. La primera vez lo hicimos en su cama, con la complicidad de los trabajadores de la casa, que le tenían manía a su jefe por cómo trataba a las personas de menor clase social. Estef fue mi primer amor de juventud y me enseñó que nunca debía abandonar mi pasión.

Capítulo 3

La siguiente historia está dedicada a la memoria de Calisto Fontana, quien siempre insistía que esta historia debería estar en este libro. Y para él va. Estés donde estés.

Capítulo 4

A veces uno tiene que hacer cosas que no quiere o no le gusta. A veces uno tiene que hacer cosas para sobrevivir un poco lamentables. No es de mi agrado contar esta historia pero una promesa es una promesa. Este momento de mi vida lo llamo: "Cuando la necesidad aprieta..."

Año 2015. Acababa de cumplir mis flamantes 35 años. Octubre. Otoño. Época perfecta para viajar al país. El monzón ya se había ido. Y disfrutábamos de las playas y del mar. Me gustaría colocar alguna foto aquí, pero mi editor me dijo que nada de imágenes. Que era más caro, el tío rata. Así que imagináos el lugar más idílico del planeta, con las playas más idílicas y nosotros bañándonos.

Calisto, con su acento portugués de Bolonia, sí, es acento portugués aunque lo niegue, siempre se quejaba de que ya estaba muy mayor para hacer las cosas. Había sobrepasado la línea de los 50 y para él, eso era ya casi como retirarse para morir. Anda que no le quedaba tralla al hijo de puta.

Todo nos iba genial. No podíamos quejarnos de aquella época. Teníamos dinero. Viajábamos a espuestas, y encima nos pagaban por ello.

En este caso el objeto a encontrar en cuestión era lo menos importante. Lo peor de este trabajo fue el trato recibido por el cliente una vez hallado. Pero eso lo contaré más adelante.

Habíamos llegado recién a Tailandia, cuando ya nos abordaron trabajadores de nuestro cliente a la salida del aeropuerto. Nos metieron en una furgoneta y nos llevaron a un lugar como a cuatro horas. ¡Menuda pesadez! Calisto no paraba de hacer chistes y trucos de magia. ¡Trucos que ya me había hecho mil veces, y chistes que ya me había contado dos mil! Lo mejor de todo es que los cabrones esos no se enteraron de nada! ¡Eran tailandeses! Se lo intenté explicar a mi amigo, pero creo que así se entretenía igualmente. ¡Con cada chiste se reía como si no los hubiese escuchado nunca! Jamás me dijo cómo lo hacía.

Tras las dichas horas de viaje, nos llevaron ante el cliente en una masión pegada a un acantilado. Era espectacular por fuera, las cosas como son. Me encontré muchos clientes a lo largo de mi vida, pero ninguno con un gusto tan espantoso para la decoración. Yo no seré el adalid del diseño, pero joder, ese tío me superaba.

Era un inglés obsesionado con la muerte. Normalmente nos solían dar una charla sobre nuestro objetivo, luego pistas que creían tener, y nosotros de ahí ya nos buscábamos la vida. Este caso fue muy peculiar. Quería encontrar una joya mongol que se decía que perteneció a Genghis Khan.

Era curioso pretender encontrarla en Tailandia, cuando fue uno de los lugares que consiguió repeler el ataque y las invasiones de Mongolia. La pista más importante y crucial fue un antiguo manuscrito de un escriba, en el que por lo visto, redactaba todo lo que hacía su emperador. Creemos que por haber vivido hace cientos de años, iban a ser más interesantes, pues no. Lo único que relataba el manuscrito, en mongol, era que el Gran Kan hacía deposiciones cada día, y que su estómago iba muy bien. Desde entonces no pudimos verle de otra manera. Calisto se inventó un chiste, cómo no, para referirnos a él desde ese momento hasta la eternidad: "El Gran Ka..gón".

Chistes aparte, en los manuscritos también ponía que el anillo en cuestión que buscábamos fue heredado generación tras generación.

No nos fue muy difícil encontrarlo. Tras varios días de intensa investigación sobre el terreno, lo hallamos enterrado en unas catacumbas.

Después de darnos cuenta que nos encontrábamos cerca de la cueva "Phraya Nakhon". Decidimos visitarla, qué cojones. Teníamos tiempo.

Regresamos a la mansión y nos pagaron cien mil euros por el trabajo. Una parte fue destinada a mi carrera musical, a nuestro bar, y el resto nos lo repartimos a partes iguales.

Nos bañamos en la costa de Tailandia para celebrarlo. Nos emborrachamos en los mejores bares de la zona, a pesar de la reciente prohibición de vender alcohol a partir de las 12 de la noche.

Y cuando todo iba fantásticamente, apareció uno de los thais guardaespaldas de nuestro cliente, obligándonos a volver.

Otras cuatro horas después, regresamos a la mansión y en nuestra cara ofendió nuestra reputación alegando que era falso el anillo y que ese no era el que quería.

—No hay pérdida. Según los escritos, éste es sin duda el anillo que buscaba —Inquirí.

Sabía que el tipo quería engañarnos y recuperar su dinero y a la vez tener el objeto. Así que acabamos en una pelea contra su servidumbre. Fontana siempre se quejó de su edad, pero lo cierto es que pegaba como los ángeles. Y yo con mis años de kung fu, pudimos quitarnos de encima a nuestros atacantes no muy difícilmente. Ay, pero el inglés tramposo guardaba un as en la manga. Una ametralladora de gran calibre con la que nos apuntó. Nos perdonaría la vida si le devolvíamos el

dinero y además hacíamos algo más.

Un esbirro trajo en una silla de ruedas a la madre del susodicho. Casi nonagenaria y apenas con mucha movilidad en las piernas. No tenía ni idea de qué quería, hasta que lo contó y nos quedamos de piedra: Debíamos devolver la pasta y además... ¡hacerle un cunnilingus a la vieja! ¡No me jodas!

La señora de marras me escogió a mí por ser el más joven. Yo me negaba a hacerlo pero amartillando las armas no me quedó otra que recular. Me agaché delante de ella. Vomité un par de veces mientras me acercaba a esa mujer desnuda con las piernas sostenidas por dos esbirros. Me tapé la nariz y... no pude hacerlo. Pregunté si no había otra manera de solucionar esto. Le pagaría diez mil euros más para evitarlo. Pero no pudo ser. La mujer sufría algún tipo de adicción al sexo y estaba muy necesitada incluso pasando los 90 años, joder. Finalmente me obligaron a hacerlo. Y fuimos puestos en libertad. Durante meses tuve pesadillas de una vagina arrugada gigante que me atrapaba. Vomité y me lavé los dientes como treinta veces las horas siguientes. Mi amigo italiano no paraba de reír el hijo de puta. Perdimos el negocio, el dinero, pero nuestra venganza fue lo mejor.

Capítulo 5

La siguiente historia tuvo lugar en los albores de una guerra civil en Yemen, en el año 2015.